

El Prelöschthor.

UNA ESCURSION EN SUIZA.

La Bastai se eleva casi en el centro de la Suiza: desde su cima descubré la vasta sinuosidad de las corrientes del Elva, los caminos, las aldeas, las ciudades, los castillos, las fortalezas, las elevadas montañas circulares aisladas y truncadas que caracterizan el paisaje, las profundas grietas, y en una palabra, todas las revueltas y todos los sitios de este suelo tan completamente destruido en otro tiempo por el furor de las aguas. Desde allí estaba yo mirando, y ya empezaba á sentirme dominada por el arrobamiento extraño y sublime que es objeto del viajero y recompensa de todas sus fatigas. ¿Pero hasta dónde nos puede llevar el temor á un guía? Yo escuchaba á mi guía patear detrás de mí, suspirar y tostar con fuerza: evidentemente estaba furioso y se preparaba á dirigirme la palabra y á tomarme por su presa. Esta sospecha pudo tanto en mí, que dirigiendo una mirada de doloroso adiós á este hermoso espectáculo que apenas había entrevisto y simuladamente, á pasos lentos y á manera del que pasa indiferente, me aproximé á la orilla de un bosque que toca con el hotel de Bastion. Apenas tuve la seguridad de estar cubierta por los primeros árboles, cuando aceleré el paso, y precipitándome en el descenso, fui casi corriendo por espacio de un cuarto de hora: al detener mi corazón palpaba: presté atención y nada oí: estaba sólo en un estrecho sendero del Ottowalder-Grund, entre dos enormes murallas de rocas tapizadas de árboles, de musgo, de grietas y agujeros, de las cuales había unas fuera ya de su natural aplomo y como para rodar sobre mi cabeza, otras inclinándose hácia atrás, algunas aproximándose hasta unirse por las bases, y otras hasta juntarse por la cima. Reinaba el silencio mas profundo, y solo de cuando en cuando se percibía el ruido causado por algunas gotas de agua que se desprendían de

alguna grieta, el de algun pájaro que cruzaba por el follaje, ó el que hacía algun insecto al arrastrarse por la yerba ó entre las hendiduras de la roca. Era el medio día de un hermoso día de verano, y sin embargo caminaba por aquel sitio medio á oscuras. No se veía más que una faja de cielo azul serpenteando sobre mi cabeza, algunos rayos de sol hiriendo oblicuamente en lo alto de las peñas y los torcidos árboles cuyas raíces filitas de tierra apretaban como garras la pizarrosa cima. ¿Quién puede describir lo que se siente al contemplar por un instantona soledad tan completa en un sitio semejante y en un país estrangero? ¿Cómo pintar esa tranquilidad interior que se apodera inmediatamente del alma? Parece que cuanto mas se va descendiendo por aquel terreno mas se acerca uno á sí propio alejándose de las preocupaciones habituales de la vida, de los hombres y de sus miserias, hasta que por fin llega un momento en que se podría decir que el alma queda inmóvil y trasparente como un lago cuya superficie no agita ningun soplo de viento. Algunas horas pasadas en este silencioso aislamiento y en medio de los bosques y de las rocas, empapan nuestro ser en el manantial de los grandes y sublimes pensamientos con mas facilidad que todos los esfuerzos que se hacen para abstraerse durante años enteros en el seno de las ciudades.

El primer ser humano que encontré en el Ottowalder-Grund, me hizo temblar: era una muchacha de pequeña estatura que derecha é inmóvil estaba apoyada en un ángulo de la roca sin mover mas que los ojos. Yo no sabia qué pensar de esta aparición, cuando á pocos pasos descubrí una niña que acercándose á mí me tendió la mano pidiéndome una limosna para la pobre anciana; mas allá encontré una jóven elegante al parecer, á quien llevaban dos hombres en una especie de litera, mientras que un caballero de bastante edad que podría ser su padre ó su esposo la seguía jadeando y encorvado sin levantar los ojos del suelo. Entrambos parecían poco deseosos de disfrutar del paisaje que tenían á la vista, como si estuvieran en un

era casaca que cruzara por el sitio mas indiferente del mundo. Mas lejos todavía me hallé con sorpresa frente por frente de una pequeña casa de madera, en cuya puerta estaban vendiendo algunos objetos esculpidos en madera, tales como cuchillos, espejos y vasos. En el espacio de cuatro horas no volví á ver ningún otro ser humano, y salí de aquella larga quebrada subiendo por unas escaleras labradas en la misma piedra, que me condujeron á Ottowalder. Despues me dijeron que precisamente habria pasado cerca de Teufelskuché (la cocina del diablo), inmensa caverna en la que en tiempo de guerra van á acallar los paisanos sus muebles, sus dineros, sus hijos y sus mujeres. Lo que yo recuerdo mejor es unas cruces funerarias y un paso sumamente estrecho en que la acumulacion de rocas deja solamente una puerta baja y cuadrada.

Desde Ottowalder seguí mi marcha á la ventura por medio de aquellos campos en que estaban segando algunas mujeres, que vestían con mas gusto, propiedad y elegancia que nuestras aldeanas, no llevando las mas en la cabeza otro adorno mas que sus propios cabellos peinados y cuidadosamente trenzados. Su complexión me pareció mas delicada, su color no tan moreno, sus facciones mas finas, y su fisonomía mas expresiva. Todas me saludaron con este solo sonido, que es una abreviatura de su ordinario buenos días.

Al verlas me ocurrió que nuestras aldeanas tan laboriosas, inteligentes y serviciales, serian de presencia menos ordinarias, si un poco mas de instruccion y un poco menos de pobreza les permitiesen desarrollar con mas rapidez sus pensamientos y el sentimiento de natural y graciosas coquetería innata en ellas, lo mismo que en sus hermanas de Alemania.

Por la tarde llegué al bonito y pequeño pueblo de Lomen, situado sobre una roca de granito: su antiguo castillo y su Iglesia rústica han brindado su poética forma á los lápices de los viajeros. Me aseguraron que todo habitante de este paiscuya mujer pare, tiene derecho á vender cerveza durante seis semanas.

Al día siguiente visité el viejo castillo de Holmstein, célebre en Sajonia por los sitios que ha sufrido de los austriacos y suecos durante la guerra de los treinta años. Construido sobre un abismo, no tiene mas comunicacion con la ciudad que un pequeño puente de piedra. En él se conserva como un objeto de curiosidad, una guarda de paja trezada por un prisionero que fué sorprendida y vuelta á la cárcel en el momento que se descolgaba por ellas. Y se enseña al viajero el calabozo en que bajo el gobierno del duque de Weimar y de Augusto II estuvo encerrado en el siglo XVIII Klettberg, célebre revolucionista sajón; y tambien la sala del tormento en que un carnicero sufrió los mas agudos dolores sin confesar cosa alguna, pero que habiéndosele perdonado declaró ser culpable: lo que hace ver que la tortura obliga las mas veces á los inocentes á declararse culpables sin precisar siempre á los delinquentes de ánimo vigoroso á confesar sus crímenes. Cerca del castillo, hay un Jardínano janio que se llama Kothsgerren. En su inmediacion se ve el Diebkeller, caverna de ladrones en que se refugiaron muchas familias durante la guerra de 1813. Una multitud de granas han servido para el mismo objeto, al paso que otras han sido albergo de malhechores; las palomas y las aves de rapina anidan en diferentes alturas de la misma roca. Despues de haber salvado las montañas Hockstein y Bränd descendí al valle de Tiefgründ donde encontré por algunas horas la paz y las emociones que me dió el Ottowalder-Grund: al salir de este valle me extravié, y creyendo aproximarme á Lilenstein (la montaña de las Lisas), una de las mas bellas de la Suiza-Sajona, y en que se eleva hoy día una pirámide en memoria de Augusto III, me encontré en el Schandau, pequeño pueblo situado en las orillas del Elva y á espaldas de dos elevadas cubiertas de árboles. Schandau es célebre por sus baños minerales, cuya celebridad es mas sólida que brillante porque solo acuden á ellos las personas que tienen que padir á sus aguas el alivio de sus males, y estos baños se toman simplemente sin necesidad de juegos, balsas, ni chorros. Esa indiferencia de los elegantes sorprende tanto mas cuanto que se puede ir á Schandau desde Dresde, y aun desde Berlin en muy pocas horas por el camino de hierro. La palabra Schandau significa *prada infame*, deberá existir alguna lúgubre leyenda que explique este nombre; pero ya no he querido molestarme buscando quien me lo contare, porque creo poco posible entristecer la imaginacion con recuerdos funestos y que cada crónica ensangrentada deja una mancha indelible en la memoria.

Los viajeros que se proponen explorar con minuciosidad la Suiza-Sajona,ijan por lo regular su morada en Schandau, haciéndole centro de sus escursiones. Subiendo por la ribera derecha del Elva se encuentra una nueva serie de quebradas y peñascos de las mas extrañas y variadas formas. Despues de haber visitado sucesivamente la roca llamada Refugio de los croatas (Kroatenschlocht) el valle del Infierno (Hölle), la caverna de la Meize, el molino de los Paganos (Maidemühl) la sacrada Lichtenheim, el valle de Kilitzsch, y el hermoso manantial de Rausborn, llegué á Kustall, que es entre todos los lugares pin-

torcosos de la Suiza en el que se encuentran á casi en la mayor parte de los viajeros. El Kustall ó corral de vacas es una bóveda sumamente larga y que tiene unos sesenta pies de altura. En los costados de esta bóveda ha abierto un poseedor algunos almacenes, de suerte que el viajero se sorprende agradablemente al encoutrar en medio de aquel desierto mesas aderezadas y refrescos. En este sitio algunos se entretienen en escribir sus nombres en la piedra, otros en hacer resonar los acos, y los mas en dar la última mano á sus dibujos. Casi todos los viajeros que llegan aquí son ingleses ó alemanes, porque los habitantes del Mediodía no suben nunca hacia el Norte. Mas allá de Kustall se encuentran el agujero del Easty y el del Gura, gruta desde donde la parte de los habitantes de Lichtenheim, que eran secretarios de Juan Rus, precipitaron en el siglo XV á un cura. Algo mas lejos ya no se ve en derredor mas que una inmensa multitud de rocas hacinadas, á las cuales designan con los nombres mas extraños. Por lo regular se pasa la noche en la posada del gran Witerberg y no lejos del Schgecherger Loch, que es el precipicio mas largo de toda aquella comarca. Hacia el Sudoeste, y acercándose á las fronteras de Bohemia, se encuentra un bosque de mirlos que conduce al valle del Prebischgründ, frente por frente á un monton de imensas rocas. En este sitio está una de las maravillas de Suiza-Sajona, que es el Prebischthor, arco de piedras de cerca de 150 pies de altura, y al que se sube por una suave pendiente, y donde se goza de un espectáculo maravilloso. Pocas veces sucede que los viajeros pasen mas allá de Prebischthor y lleguen á Tetschen, y Altádh, sobre todo cuando se tiene la idea de recorrer toda la parte de la Suiza-Sajona, que está á la ribera izquierda del Elva. Yo volví á Dresde por este lado, cuyos sitios mas notables son la colosal montaña de Scheeberg el Napoleontein (piedra de Napoleon) célebre en Sajonia solamente porque el emperador en el año 1810 estuvo un instante sentado en aquella roca, el Koenigstein (piedra del rey) cuya cuna está coronada por la mejor fortaleza de Sajonia, la cascada de Laugnersdorf al extremo del valle de Zwiessel, las minas de plata, cobre y hierro, y finalmente el castillo de Sonnenberg y la ciudad de Pirna, que estaban á mi derecha hasta que pasa el río.

Estas son las cosas mas notables que vi en los tres días que estuve ausente.

ESPATRIACION DE CORIOLANO,

(Año 294 de la fundacion de Roma.)

I.

Coriolano fué un general de la república romana, valiente y afortunado, que derrotó completamente á los Volscos y les tomó por asalto á Coriolo, su capital. Por esta victoria se le concedió la décima parte del botin; pero su desinterés le hizo renunciar disponiendo que se repartiese entre los soldados, cuya noble acción le valió que conquistase el sobrenombre de *Coriolano* tan conocido en la historia.—Era hombre severo y altivo, sin conocer jamás el miedo.

Roma, honrando el valor, formaba héroes; pero habia sin embargo, en su propio seno, un principio de insurreccion que hacia desecollar de los mejores patricios.—Esta fué la causa principal de consentir el Senado en la creacion de unos tribunales que abogasen por el pueblo; tribunales á quienes despues *Marcio Coriolano* les juró un odio eterno, llamándoles el tósig de la tranquilidad pública.

Por las disensiones interiores de la república se abandonó la agricultura, y no tardó mucho tiempo en sobrevenir un hambre tan espantosa que los pobres solo se alimentaban con yerbas y raíces.—En situacion tan afflictiva, y para precyger que cesase el mal, decretó el Senado fundar una nueva colonia desterrando cierto número de ciudadanos; pero estos preferian una garba de tierra en su patria á mil en el extranjero.

El interés del dinero en Roma, no habia en aquellas circunstancias del doce por ciento al año.—Si en el transcurso de dos años no podia pagar el deudor, se veia obligado á satisfacer los réditos del referido principal; luego á vender el campo que habia hipotecado ó la deuda, y en último resultado á entregarse á sus acreedores con su mujer y sus hijos, sometiéndose á los trabajos de los esclavos, cargados de cadenas y puestos en una prision húmeda y tenebrosa.

—Si no cumple la sentencia, deroga la ley, si nadie responde de él, se le llevará el acreedor, y le pondrá cadenas que pesen quince libras cuando llueva; que el preso se mantenga á su costa, y si no tuviese para ello, que el acreedor le socorra á voluntad con una libra de harina.

Mour de hambre ó tomar prestado de los patricios (los senadores ricos) hipotecando su primera victoria, esta era la triste condicion de los plebeyos.

En tan lamentable estado se encontraba Roma en el año 294 de su

fundación con ochocientos mil habitantes, contado en ellos los libertos y los esclavos, sin tener pan para sus familias, cuando el hambriento pueblo, instigado por los tribunos, se preparaba á cometer los mayores excesos. — Llegaron los trigos que enviaban de Sicilia, y las que transportaron otros mercaderes, y al propio tiempo entró una expedición victoriosa con el producto de sus correrías.

Al momento se reunió el Senado, y durante muchos días, se debatió la cuestión de si se distribuirían al pueblo todas las provisiones, ó si se le dejaría morir de hambre hasta que se rindiese á discreción, renunciando todas las concesiones, que por su retirada al monte sagrado, obligaron al Senado á concederle.

En la discusión se distinguió por su violencia uno de los senadores llamado por sobrenombre *Coriolano*, de cuyos hazañas militares hemos hecho mérito ya. — Este general, que desconocía aquellas virtudes dulces y tranquilas, que insinúndose en los corazones, atraen la voluntad, se propuso tratar al pueblo con la ardiente oposición que hizo á distribuir los granos gratuitamente á los pobres, prometiéndose con tan feliz conjuntura abolir el tribunado y anular los convenios del monte sagrado.

— Los plebeyos, gritó en alta voz Coriolano, nos han arrancado el perdon de sus deudas... debemos, pues, venderles el trigo al precio mayor que haya podido tener en los días mas calamitosos del hambre; y á condición de que en el instante mismo renuncien todas sus prerrogativas en favor del Senado. Y si los tribunos, añadió, persisten en alterar el orden de la república, apelaré á medidas mas eficaces que las palabras para reprimir sus insolencias.

Esta declaración fuerte de Coriolano enfureció á los tribunos, de tal manera, que arrojaron al pueblo y dieron orden por sí y ante sí á los Ediles de conducir por fuerza á Marcio Coriolano al tribunal del pueblo constituido en la plaza pública; pero los demás senadores rechazaron á los Ediles á puñadas y las dos clases se reunieron un sesión permanente.

El tribuno Beluto pidió en el foro la muerte de Coriolano por haber insultado á los Ediles. El senado se asustó, acordando por último, no dejar morir de hambre al pueblo; pero no habiendo apaciguado el tumulto esta concesión, y observando que la ciudad iba llenándose de campesinos que por todas partes llegaban al socorro de los ciudadanos, se decretó por el Senado que en las naves de Abul, esto es, el día 9 del mismo, se celebraría una asamblea extraordinaria para decidir: si los plebeyos tienen ó no derecho para juzgar á un senador.

Tales eran los sucesos que habian causado tan grande agitación en Roma, y tal el objeto de la sesión borrascosa é interesante por su antigüedad que vamos á describir.

II.

Desde los campos de Abril, es decir, desde el día 1.º del mismo, recorrian los victores en todos sentidos los campos de Roma para solicitar á los senadores que debian concurrir á la ciudad el día 9 del mismo; y el pregonero, ó sea la voz pública, anunciaba en el foro todas las mañanas, la hora, el lugar y el objeto de la asamblea.

Llegaron por último las naves esperadas con tanta impacienta. Mucho tiempo antes de oírse la hora del canto del gallo se reunieron los rústicos en bandos para entrar en Roma, y cuando salió el sol, ocupaba ya un inmenso gentío las cercanías de la curia consagrada por los Júpiteres, llamada *Hoculus*, en cuyo local se habia de reunir el senado.

Notábase una agitación extraordinaria, con especialidad en los grupos de los ciudadanos, entre los cuales se encontraban á la sazón algunos de los magistrados populares conocidos por los tribunos y Ediles de la plebe. — Sus menores expresiones eran acogidas con avidez por las personas mas cercanas, y circulaban de boca en boca como palabra de orden. — Se descubria sin embargo, en las miradas de la multitud una expresión feroz y amenazadora, y por intervalos se alzaban del confuso tropel, hasta el monte de las Siete Colinas, gritos de venganza y de muerte. Gritos semejantes al ruido que producen las estrafas de la tierra cuando anuncia la próxima explosión de un volcan.

Desde las siete de la mañana velase á los senadores por las calles dirigirse á paso lento hacia la curia. Distinguíanse á lo lejos por su calzado negro y por los *talicavi*, ó cintas anchas de púrpura de que se hallaban bordadas por delante sus *blancas* túnicas, para distinguirse de los plebeyos que no las llevaban, y de los caballeros que las usaban mas estrechas. — Se abrían los circuitos de la multitud con respetuosa afán para darles paso, y saludaba con benévolas aclamaciones á aquellos cuyas opiniones conocidas le aseguraban un voto favorable á sus deseos. No faltó quien quisiera en diversos puntos, algunas palabras serenas cuando pasaron los jefes principales del Senado; pero sin embargo, ninguna amenaza seria y personal, ningún exceso turbó durante la mañana la tranquilidad aparente que reinaba en las naves del pueblo.

Cerca ya de las ocho aguardaban sentados en profundo silencio más de ciento cincuenta senadores que esperaban al cónsul que debía

presidir la asamblea. — Se anunció por último su llegada con la apertura de los *lites* á la puerta de la curia. Levantáronse todos los senadores por un movimiento simultáneo. — Marcio Minucio Augurio, revestido con una magnífica toga de púrpura y seguido de los principales consulares, entró, y cruzando gravemente la asamblea, fué á ocupar su silla de marfil que se elevaba en la parte mas alta del recinto, sobresaliendo entre las demás sillas curules que la rodeaban, pronunciando en seguida el discurso de apertura que entonces se acostumbraba.

— Padres conscriptos, les dijo Minucio cuando se hubieron sentado los senadores: he consultado segun costumbre el oráculo, y ofrecido sacrificio á los dioses para saber si nos permitirán celebrar hoy la asamblea. Los augurios son favorables. — Hállase el cielo sereno y puro y resplandecen sus esperanzas los buenos ciudadanos! Esta mañana se ha oído un cuervo á la derecha, y una corneja á la izquierda: no tardará en renacer la contienda, pues atravesó los aires una bandada de cigüeñas, y á uno de los augures se le ha vertido el vino que contenia su vaso, manchándole los vestidos. — No son los aráspices malos propicios que los augures. La víctima ha seguido voluntariamente al sacrificador, ha muerto del primer golpe, su corazón no palpita y se veia grasoso y abultado: las llamas de la hoguera han prendido con rapidez en sus restos, y los han consumido sin humo, sin color, sin olor; por último, el incendio que ardia sobre el altar esparcia un perfume grato en todo el templo.

Padres conscriptos! puesto que los dioses y los augures lo consienten, abra la asamblea.

Volviéndose despues á uno de los heraldos, que se hallaba de pie á muy corta distancia, le ordenó Minucio que empezase el nombramiento por lista de los senadores.

Apénas habia llamado el heraldo los diez primeros senadores inscriptos en el *album*, cuando un espantoso tumulto que estalló á la parte de afuera vino á turbar inesperadamente el silencio. Lejano en un principio y débil, resonaba tristemente en el abovedado recinto aquel ruido, que parecia acercarse y aumentar por grados en razon de la distancia. Oíanse á la vez pasos rápidos y precipitados, voces que se respondian con amenazas, ruido de armas y gritos inarticulados mas terribles aun que las voces.... Habia callado el heraldo.... Pálidos, inmóviles y silenciosos, aunque graves y resignados, se miraban todos los senadores, como si quisiera cada cual descubrir en los ojos de su vecino lo que habia de acontecer. Los mas de ellos aguardaban la muerte.

Las olas del pueblo entre tanto seguian agitadas, y se estrellaban impetuosamente contra las paredes exteriores del sagrado edificio, el cual temblaba con el choque. En este momento por una especie de instinto se dirigieron las miradas de todos á la puerta principal. Abrióse esta con estrépido, y un hombre de edad madura, el rostro animado, los cabellos esparcidos y los vestidos en desorden, seguido por unos veinte jóvenes, de quienes parecia ser el jefe, se precipitó en la asamblea y fué á colocarse á la izquierda del cónsul en uno de los asientos inmediatos á las sillas curules. Desviáronse á la entrada los que con tanta animosidad lo habian perseguido, y luego se cerró la puerta.... Disminuyó por grados el ruido, y de allí á poco solo se oia el acento vacilante del heraldo continuando la lista, y afuera la voz de un tribuno que arengaba al pueblo.

El senador que acababa de entrar, y cuya llegada habia ocasionado tan gran tumulto, era un hombre como de treinta y cinco años, de alta estatura y constitucion atlética: sus negras y pobladas cejas le cubrian casi del todo los ojos, y su mirada era sternadora. Sus labios, sobremedida entendididos, confirmaban la expresion casi hábaca de sus facciones; parecia en extremo irritado... Sin embargo, respondió al heraldo al nombre de Cayo Marcio Coriolano con una voz tranquila, aunque de acento algun tanto salvaje.

Se terminó, pues, la lista: de 500 miembros que debian formar la asamblea, se hallaban presentes 287. Cinco senadores se excusaron por enfermedad, dos porque estaban ocupados en tributar los últimos deberes á un amigo. El anciano Anco Posthumio se habia hecho llevar al Senado á pesar de tener setenta y cinco años, no queriendo usar de la exencion que por su edad le concedia la ley. Reclaban aun 6 miembros ausentes, los cuales, por no alegar excusa legítima, fueron condesciudados á pagar una multa, y el cónsul presidente les embargó sus bienes, segun costumbre, hasta el completo de la deuda.

En este estado la asamblea, fueron introducidas en el salon por orden del presidente los diez tribunos conducidos por Cayo Beluto. Los ediles quedaron á la puerta, desde cuyo punto podian oír las deliberaciones, aunque sin poder tomar parte en ellas, ni tener derecho de asistir á la asamblea. Reinaba dentro y fuera del recinto un profundo silencio, y Lucio, el primer tribuno que tuvo la palabra, alzó la voz lo suficiente para que se oyese el pueblo. Una hora duró su discurso. En el enumerar uno por uno los cargos que habian á Coriolano los plebeyos, y despues de haber probado que semejantes crímenes merecian la muerte, sostuvo que el derecho de juzgar, pertenecia á

pueblo, alegando principalmente la ley valeria, en yo testó decía: que cuando los plebeyos fuesen oprimidos por los patricios pudiesen apelar contra estos ante el tribunal del pueblo. Terminó conjurando á Coriolano á que abandonase la asamblea y fuese á implorar la clemencia, si en algo estimaba su vida.

Logo que concluyeron de hablar los otros tribunos en el mismo sentido, se levantó el cónsul presidente y dijo:

—Va habeis oído á los tribunos, padres conscriptos, ya conocéis su petición. ¿Qué deberí hacerse?... Á vuestra prudencia lo dejamos.

Volviéndose despues hácia su colega, sentado por bajo de él en la primera silla curul, y á quien segun el reglamento del cuerpo debía consultar, aun antes que al príncipe del senado, ó sea magistrado mas antiguo.

—Cónsul Atratio, le preguntó, decid: ¿qué pensáis, cuál es vuestra opinión? —En el senado romano nadie podía hablar sino era preguntado por el presidente.

—Croc, respondió Atratio levantándose, que es justo y fundada la pretension de los tribunos, y que conviene reconocerles el derecho de juzgar á un patricio.

Estas palabras, pronunciadas con voz tranquila, aunque enérgica, produjeron en la asamblea una impresion muy viva. —Los senadores jóvenes que rodeaban á Coriolano murmuraron agitando en sus asientos; solo este se mantuvo impassible y lanzó una mirada amenazadora al cónsul, de quien era enemigo personal; en tanto que en el tropel que rodeaba la curia se levantaban numerosos gritos de alegría, prolongándose en muy poco tiempo hasta los estremos de la ciudad.

—Apio Claudio, dijo entonces el presidente; vos como magistrado mas antiguo y cuya experiencia y sabiduría hubiera consultado antes si no se hubiese hallado presente mi colega... hablad, ¿cuál es vuestra opinión?

—Levantose Apio Claudio; pero en este momento se adelantaron en tropel los tribunos hácia el presidente y le declararon, que antes de votar tenían que prestar los senadores juramento como tales jueces. —«Ei se nos refusa lo que con tanto derecho exigimos, esclamó Lucio, nos retiraremos inmediatamente de la asamblea.»

A un incidente tan inesperado, y poco respetuoso por parte de los senadores se levantaron indignados y quebrantando el reglamento dirijieron vivas interpelaciones á los cónsules y á los tribunos. Cambiáronse de una y otra parte amenazadoras miradas; los jóvenes partidarios de Coriolano, sin poderse ya contener, se precipitaron en medio del salón para echar de él á los tribunos, y Aulo-Sompronio decía á los que le rodeaban que era necesario arrojar sus cadáveres al pueblo... Pero de repente una voz sonora dominó el tumulto del senado. —Silencio, jóvenes, gritaba Atratio; silencio; y cada uno á su lugar. ¿Habéis olvidado que no tenéis todavía derecho de hablar al senado sin ser preguntados?... Recordad tambien, añadió el fogoso Belio, que la persona de los tribunos es sagrada é inviolable, y que cualquiera que se atreva á poner la mano en un representante del pueblo se hace reo de muerte... Los que aquí nos oyian, decía Lucio, saben muy bien que para juzgar á un patricio no necesitan de un senado-cónsul.

—Llamad al orden, padres conscriptos, decian los heraldos, encargados por lo regular de la policía de la asamblea; pero su voz chillona se perdía en el tumulto. Todo era confusion y desorden.

—Venid, dijo entonces Decio, el mas jóven de los tribunos, dirigiéndose á sus colegas; venid, franco está el camino del Monte sagrado... Vamos con el pueblo á fundar una nueva ciudad fuera de los muros de Roma. ¿Cuál será la suerte de los tiranos si los abandonasen sus súbditos: si el pueblo quiere desterrarse ¿quién lo contiene? ¿Quién cultivará las tierras de los patricios, quién defenderá sus propiedades, rechazará la invasion de los pueblos vecinos, quién ensanchará los límites del moicento estado? Además, ¿quién podrá la plebe irritada obligar al Senado á que conceda lo que justamente pide?

Calmados los ánimos con este razonamiento, y conociendo el Senado las consecuencias de su obstinación, levantose el presidente y dijo:

—Puesto que los tribunos del pueblo desprecian que los senadores falten á su conciencia si no prestan juramento, Apio Claudio, jurad por Júpiter que en la cuestion propuesta por los tribunos emitiréis la opinion que os dicte vuestra conciencia.

Levantose Apio por segunda vez, y tomando en la mano derecha una china que le presentó el heraldo, dijo con fuerte acento: «Si falto á mi conciencia, que Júpiter me arroje de mis brazos como ahora arrojo yo de mi esta piedra.» La piedra lanzada por Apio saltando por el agujero sonó por el enlosado del salón, se dirigió, como si fuese un dardo, á los pies de los tribunos victoriosos... En seguida pronunció Apio un largo discurso contra el pueblo.

La opinion de Apio encontró muchos partidarios, y se volvieron á agitar los ánimos; en términos, que los tribunos se miraban unos á otros con descontento. Ya habia dado la hora de las cuatro, y un amigo de Coriolano, que á la sazón hablaba, se detenia á propósito en digresiones interminables, pues no pudiendo decretarse ningún asunto

despues de haberse puesto el sol, esperaba que tendria la asamblea que disolverse sin tomar determinación alguna.

En embargo, el pueblo, que con mucha calma habia aguardado la decision del Senado desde la apertura de la sesión, empezaba á murmurar y á agitarse. —El tribuno Belio, ausente por algunos instantes, entró en el salón é interrumpió al orador para anunciar al presidente que no respondia por mas tiempo de la tranquilidad.... Con efecto, en el instante resonaron á las inmediaciones de la curia nuevos gritos y amenazas; lanzáronse contra las puertas y las paredes innumerables palos y piedras, y entrando azorados los lieros confirmaron los temores del tribuno... acercábanse el peligro... No estaba en las atribuciones del presidente retirar la palabra á un acudidor; pero hizo una señal á los que le rodeaban, y al punto un violento murmullo ahogó la voz de Sompronio y tuvo que sentarse.

Terminóse, pues, la discusion; habíase emitido diferentes opiniones y se habian propuesto varios arreglos. El cónsul presidente, usando de su derecho, puso á votacion únicamente la cuestion principal á la manera de votar que tenia el Senado romano.

—Padres conscriptos, dijo; los que de vosotros opinan que los plebeyos no tienen derecho para juzgar á un patricio, que permanezcan á la izquierda; y los que opinan lo contrario quedan ó se trasladan á la derecha.

Atratio se levantó y pasó á la derecha del presidente, eligiéndole una mayoría notable de senadores... En torno á Coriolano se agruparon sesenta miembros, cuando mas, entre los cuales habia muchos individuos que tenían derecho de votar, pero no de hablar.

—El Senado, dijo el presidente, ha resuelto que los plebeyos tienen el derecho de juzgar á un patricio, y al punto se vá á redactar dicha resolucion en forma de decreto.

A esta declaración, pronunciada en voz alta, respondió afuera la multitud con gritos repetidos de alegría. —Coriolano con los ojos inflamados, pálidas las mejillas, cubiertos los labios de sangre, no menos indignado por lo que él llamaba cobardía de sus colegas, cuando por las muestras de gozo de sus enemigos, se precipitó en medio de los tribunos y acercándose á Belio con el brazo levantado, aunque sin herirle, gritó con terrible acento... ¿poderes juzgarme, miserable! ¿Y de qué me acusas?

—De tiranía, respondió el tribuno, con la sangre fria mas provocadora.

—Bien está; si me acusais de tiranía, que se estienda el decreto; en este momento marcho á presentarme al tribunal del pueblo.

—No juzga el pueblo á sus enemigos, replicó Lucio, sin darle el tiempo y los medios necesarios para defenderse.... Cállo Marco Coriolano, en virtud del acuerdo que acaba de tomar el Senado, en virtud de los derechos del pueblo, este, por el órgano de sus tribunos, os cita para que comparezcáis ante su tribunal en el tercer dia de mercado, es decir, de aqui á 27 dias.

—Iré, dijo Coriolano. —En seguida se retiró de la asamblea con los senadores jóvenes que le acompañaron á su entrada.

Habiendo conseguido el pueblo lo que deseaba, se dispersó al punto en todas direcciones, citándose los rústicos en el foro para el tercer dia de mercado.

El presidente anunció á los senadores que podian retirarse. Fueron saliendo uno á uno, asustados por la reciente victoria que acababan de conseguir los tribunos; solo quedaron unos veinte miembros deseosos de asistir á la redaccion del decreto. Terminado el decreto, fué puesto en manos del presidente, á quien correspondia su custodia en aquel tiempo; pero mas adelante, cuando supieron los tribunos que se alteraban las expresiones, hicieron mandar que todos los decretos del Senado fuesen en lo sucesivo depositados en el templo de Cáeres, bajo la inmediata custodia de los ediles de la plebe.

Fra ya de noche, y la curia estaba desalojada; en las calles de Roma, silenciosas y desiertas, solo se oian los cantos lejanos de los bandos de rústicos que volvian á sus cabanas.

A los veinte y siete dias se presentó Coriolano ante el tribunal del pueblo para ser juzgado. En la sesion del Senado fué borrascosa, no menos lo fué el juicio público. Los tribunos, que le miraban como el enemigo mas temible de aquella institucion popular, concitaron á las masas y se esforzaron en pedir su muerte precipitándole de la roca Tarpeya. Pero el acusado, que tambien tenia simpatias y amigos que le defendiesen, habló al pueblo con una energia y un valor tal, que probó que los tribunos eran una calamidad para la patria y el enemigo de la tranquilidad pública. Hubo momentos que vacilaron las masas, pero en último resultado salió condenado á destierro perpétuo.

Coriolano, viendo tan mal recompensados sus servicios con un destierro perpétuo de su patria por solo la animosidad de unos traductores en palabras, como eran los tribunos, no escuchaba ya más que la voz de la venganza. Se refugió á los volscos, nacion vecina y enemiga encarnizada de los romanos; les indujo á tomar las armas contra su patria, y puesto á la cabeza del ejército, entró en el territorio de Roma

sembrando por todas partes el terror y la desolación. Llegó á las puertas de la ciudad y el pueblo arrepentido pedía á gritos la vuelta de *Coriolano*, pero el Senado se oponía. No obstante, como el peligro era cada día mas imminente, se humilló el Senado hasta el caso de enviarle una diputacion que la recibió con frialdad. Igual suerte tuvo otra segunda diputacion compuesta de los sacerdotes, hasta que su madre *Veturia*, á la cabeza de las matronas romanas, fué á templar á un hijo furioso.

Mejor patria *Coriolano*, que los tribunos que le habian condenado, volvió en bien de su patria los sentimientos de venganza y orgu-

llo que le dominaban. —Dijo por última contestacion á los ruegos cariñosos de su madre: *sátense Roma, y piérdase vuestro hijo*. Volvió la espalda, y creyéndose burlados los volscos con está retirada, le asisnarón en la marcha.

Una resolucion tan heroica, es decir, sacrificar la vida por la salvacion de la patria, renunciando al placer de la venganza, ha merecido la honra de que este noble asunto sea representado en el lienzo por los pinceles de *Julio Romano*, *Pinelli*, *Poussino* y otros artistas notables.

J. S. MILANES.



Doña Isabel Galindo (la latina) dando leccion á Isabel la Católica.

LA DESTRUCCION DE PATRIA.

(Tradiciones gaditanas.)

A un cuarto de legua distante del mar Océano, y entre las villas de *Véger* y de *Conil* (en otro tiempo llamada *Torre de Gasman* por ser posesion de los duques de *Medina Sidonia*) hay una cuesta llamada del *Jantar*, nombre que indica haberse celebrado en aquel sitio *juantos* y torneos.

En ella y en sus contornos no advierte á primera vista el viajero mas que los sembrados de un inmenso cortijo. Pero si adelanta sus pasos y sus investigaciones por la comarca, al punto hallará los cimientos de una antigua poblacion pequena. Los lugares donde las calles y las plazas fueron, se encuentran señalados todavía por los restos de paredones, unos destruidos por la mano de los tiempos, y otros por la azada de los labradores.

El silencio y la soledad que reinan en su recinto, son magestuosas; los cuales de cuando en cuando se ven interrumpidos por la presencia de las aves, que pasan ligeramente sobre las ruinas, por el lejano ladrido de los perros, ó por el balar de las ovejas.

Los pocos viajeros, aficionados á antigüedades que visiten estos sitios, creerán desde luego que las ruinas pertenecen á una poblacion del tiempo de los fenicios, cartagineses ó romanos. Traerán á la mente

los recuerdos de *Hanibal*, de *Scipion* y de *Julio César*; y cuando menos, pensarán que en los contornos de la destruida villa se dió una sangrienta batalla entre los ejércitos de *Roma* y de *Cartago*, ó que los habitantes de aquel pueblito, para no entregar sus vidas y haciendas á los insultos y á la ferocidad de los conquistadores, prendieron fuego á sus casas y se arrojaron en las llamas ó sobre las puntas de los aceros, siguiendo el ejemplo de *Estepa*, *Niel* y constante imitadora de *Sagunto* y de *Numancia*.

Pero los que tal piensen caerán en un gravísimo error, pues las ruinas no son de lugar cartaginés ó romano, sacrificado en las luchas de las dos repúblicas competidoras en el dominio del mundo. A causas amorosas debió la poblacion de que hablamos el origen de su desfinis, y las contiendas entre moros y cristianos su destruccion por medio del hierro y del fuego.

El nombre de este lugar era el de *Patria*. En el reinado de don *Juan II* de *Castilla*, vivian en esta villa cien caballeros moros, los cuales acostumbraban salir á campaar en tierra de cristianos sobre blancos caballos y vestidos con mantos de granas. Cuando alcanzaban rica presa en sus expediciones, enviaban antes á *Patria* un mensajero para dar cuenta del feliz suceso. Alegribanse los de la villa; y como obsequio al valor y celebrada de la victoria, preparaban por lo comun justas y torneos para en ellos honrar el orgullo de los vencedores y animarlos á mayores empresas.

Cierta dia el alcide recibió aviso de que los cien caballeros habian

campeado en las tierras de Xerez de la Frontera, que habían combatido con algunos caballeros de esta ciudad, y que tornaban á su pueblo cargados de riquísimos despojos.

Tenia el alcaide una hija, hermosísima y llena de altivez y de recato: la cual solía presentarse pocas veces en parages públicos. Sin embargo de esto, su padre la instó á que por vez primera presidiese con él las justas, para manifestar á los caballeros que habia sido á los de Patria tan agradable su victoria que hasta la misma Geloira (tal nombre tenia la doncella) tomaba parte en sus contentos, y dejaba su retiro con el fin de dar novedad á la fiesta con su presencia.

La doncella no quiso á las primeras instancias de su padre ceder á una acción que no anhelaba; mas al fin se dejó vencer de sus ruegos, y honró las justas con presididas al lado del alcaide. Lo que en ellas pasó despues de la entrada de los caballeros moros está descrito en este romance que compuse al propósito:

ABENOZMIN Y GELOIRA.

En cien caballos que al cisne
en el color desañan,
y á tiempo que el sol hermoso
sayendo en los mares iba,

Cien caballeros valientes,
de los moros de Patria,
triumfantes de los cristianos
á sus casas se encaminan.

Allí, en lugar de descenso,
correr esperan sortijas,
y en cañas, toros y zambras
ver la pública alegría.

Marlotas de grana llevan
hermosas á maravilla,
y capellares bordados
de zafiros y amatistas.

Fuego sus lanzas despiden
y aceradas coracinas
y adargas y eimitarras,
del rayo del sol heridas:

No hay mejores caballeros
en toda la moreria,
ni mora que al verlos pueda
sin pena quedar con vida.

Pues aunque el honesto lábio
y los ojos no lo digan,
en vano callan, que el rostro
con el color lo publica.

Ya con alegres estruendos
su llegada solemnizan
las trompetas y atabales,
añafles y vocinas;

Los ancianos y mugeres
y los niños de Patria,
por verlos llegar, ocupan
las almenas de la villa;

Y al descubrirlos de lejos
claman con gran vocería:
*¡Alá guarde para siempre
á la flor de la milicia!*

Llena, por gozar el pueblo
las fiestas de su venida,
los palenques y tablados,
ventanas y celosías.

Aben Jacob el alcaide
vá á la plaza con su hija,
á quien llaman los donceles
desdeñosa clavellina.

Cubierto con una toca
lleva el rostro Geloira,
porque no imagine el vulgo
que puede gozar su vista.

De pocos deja mirarse,
y esos son los que publican
su hermosura y gentileza
y su condicion esquivá.

El amor, temiendo acaso
perder joya tan lucida,
convertido en mariposa
dicen que le dijo un día:

*Ocultá el hermoso rostro
á cuantos por ti suspiran;*

*que se busca mas la perla
cuando está mas escondida.*

*Arrancada de su huerto
la flor más pura y mas linda,
del labrador en las manos
se deshoja y se marchita.*

*La mariposa tan solo
besar sus hojas consiga;
no abejas, que la fragancia
robar al fin solicitan.*

El amor besarla quiso;
mas túvole el viento envidia,
y cubrió el hermoso rostro
con el velo de la niña.

Y ella los ojos alzando
las doradas nubes mira,
y vé que entre los celages
los rayos del sol aun brillan.

Desde entonces se recata
la preciosa Geloira,
y le enfadan los amores
como al triste la agonía.

Ir á las fiestas de cañas
le fué obligacion precisa,
que su padre así lo ordena
y era costumbre en la villa.

¡Nunca jugarán los moros
en la plaza de Patria;
que hay serpientes entre flores
como entre rosas espinas!

Entraron los caballeros
formados en dos cuadrillas,
y rodearon la plaza
por encontradas esquinas.

Diestros las cañas jugaron,
diestros corrieron sortijas,
y siempre con buen aliento
sin postrarse á la fatiga.

Ni el mas pequeño desaire
turbó tamaña alegría:
ni al vencedor ni al vencido
orgullo, quejas ó envidia.

Abnozmin el Constante,
adaldé de la milicia,
fué el mas diestro en ambos juegos
y á quien el premio destinan.

Llega al trono del alcaide,
donde estaba con su hija,
quien tiembla al mirar al moro
que está á sus pies de rodillas.

Y le pone entre las manos
cimitarra damasquina
con un tahalí berberisco
de seda y de pedrería.

*Tengas venturu en las lidas
(dice al moro Geloira),
y tambien en los amores
la tengas, á decir iba;*

Mas dentro de sí prosigue:
*No la busques ni la pidas,
que hasta en mi pecho la logras.
¡Grande es sin duda tu dicha!*

En esto el Amor levanta
el velo que la cubria,
diciendo al moro arrogante:
si tienes corazon, mira.

Mientras ella el dulce rostro
quiere ocultar, y no atina,
la honestidad una rosa
abrió en sus blancas mejillas.

Y aun pareció que sus ojos
decir entonces querian:
*Triunfaste de mis desdeños:
tuya es ¡oh moro! mi vida.*

Enamorado Abnozmin del hermoso rostro de la preciosa Geloira, comenzó á requerirla de amores, sobornando á un esclavo del alcaide. Ella, aunque desdeñosa é intratable hasta aquel punto, no pudo resistir á las ternezas del moro, y comenzó á responder agradablemente á sus tiernas querellas.

De parte á parte hubo finezas y regalos de un valor inestimable, y la cosa llegó al extremo de que ambos amantes se hablasen de noche en el jardín del alcaide, sin que pasasen sus amores los términos de la honestidad.

Pero la desdicha de los dos finos y constantes amadores, y también la pérdida de Patria, estaban cercanas. Una noche, al ir Abenozmin camino de la morada de Geloira, advirtió que un moro rondaba la casa, y que por las lapins del jardín un esclavo cristiano que tenía el alcaide le hablaba secretamente. La presencia del encubierto era de hombre principal, según demostraban las ropas iluminadas por los rayos de la luna. Desde luego sospechó que aquel caballero debía ser otro amante favorecido de la ingrata mora: y sin mas averiguación partió como un rayo en demanda de su rival.

Este, que lo vió venir, se puso en defensa, apercibiéndose las armas que consigo llevaba. Pero hé aquí que en aquel momento volvía á su casa el alcaide acompañado de otros moros principales. Entonces fué necesario aplazar el duelo para ocasión mas oportuna.

—Dime tu nombre y el lugar donde me esperas mañana para recibir el castigo de tu osadía en poner los ojos en Geloira, dijo Abenozmin al encubierto.

—Y este le respondió:—me llamo Abdelcaadir: soy moro de Ronda, y en ella te espero dentro de seis días con tus amigos y parciales, para combatir uno á uno ó todos juntos.

Separáronse los dos antes que llegase el alcaide á aquel puesto. Geloira esperó en vano á su amado una y otra noche, no obstante que con una esclava le había enviado quejas por su ingratitud y repentina ausencia.

Este al cabo se presentó ante ella á la hora del amanecer y á la puerta de sus jardines. Lo que pasó entre ellos se encuentra referido en el siguiente romance que también escribí al intento.

El valiente entre valientes,
el gallardo Abenozmin,
en los amores y guerras
mas que ninguno feliz,

A Geloira pregunta,
celoso de Abdelcaadir:
«¿qué hiciste, ingrata señora,
del corazón que te di?»

Tus amorosas palabras
llevóse el viento sutil;
¡mal haya el amargo día
que por mí mal las creí.

Por prendas de tu cariño,
después de suspiros mil,
rubios cabellos me diste
que envidia el oro de Oñe.

Para otros serán cabellos,
mas no los son para mí;
sino vivoras tan solo
que saben morder y herir.

Clavaste un harpon de plata
en este lazo turquí
porque siempre me dijera:
los celos serán tu fin.

En mi turbante pusiste
una pluma carmesí,
con que pudiera al alcázar
de mi desdicha subir.

Mi corbo alfange encerraste
dentro de un verde tahall:
color de esperanza era;
pero solo de morir.

Tus amorosas palabras
en los vientos escribí,
porque el amor envidioso
en ellas no pueda huir.

Mas ¡ay! que también el aura
envidia turvo de mí:
llevóselas, y otro moro
las vino á encontrar al fin.

Guarda estas negras memorias
para el fiero Abdelcaadir,
y ¡ojalá que él te las vuelva
cual las recibes de mí!

Con esto á la triste mora
deja el bravo Abenozmin;
pues lo llaman á la guerra
los sonos del añafil.

Sobre una yegua cabalga.

mónstro del Guadalquivir,
engendrada en sus arenas
por el céfiro sutil.

Con el dorado acicate
su hijar empazaba á herir
por tomar desde Patria
el camino de Conil.

Cuando quitó de su lanza
pendoncillo azul turquí,
que es el color de unos celos
que con su amor vió morir.

Mas Geloira en su rostro
apagó el vivo carmin;
y por mostrar su inocencia
al moro, le dijo así:

*Si pretendes mis memorias
olvidar, Abenozmin,
cuando grabadas con fuego
en tus mejillas las vi,*

*Vete en paz, dueño del alma,
que en paz bien puedes ya ir;
mas no digas á otra mora
que la has hurtado de mí.*

No hizo el moro caso de las quejas tiernisimas de la doncella, y tomó la via de Ronda, acompañado de los cien caballeros de Patria en demanda del arrogante Abdelcaadir.

Llegó á Ronda é hizo diligencias para buscar al amante de Geloira; pero todas fueron inútiles. Cansado de sus investigaciones, se determinó á volver á Patria, resuelto á buscar en sus contornos al rival que tan incógnitamente se había burlado de su buena fé, y de la lealtad debida á un caballero por otro, pues el ser tal demostraban sus vestidos y su manera de manifestar los pensamientos.

En tanto la gente de Patria esperaba á toda hora la vuelta de sus caballeros. Una mañana avisó á la villa el guarda de la atalaya que tornaban por fin los moros. En efecto, á lo lejos se descubrieron sus caballos blancos y sus marlotas de grana. El pueblo alborozado salió á recibirlos fuera de los muros en la cuesta del Justar; porque á la alegría de su vuelta se juntaba el ver que traian algunos cautivos.

No bien se acercaron los moros, partieron á galope sobre el indefenso pueblo; y á los gritos de *España, Santiago, y tierra, tierra*, comenzaron á herir y matar á la morisma. Entraron en las calles y plazas, sin perdonar la vida á los niños, á las mujeres, y á los ancianos. Todos perecieron á los filos de las lanzas y espadas de aquellos moros al parecer; pero cristianos en el hecho.

Estos eran caballeros jerezanos que habian salido de sus casas, encubiertos con vestidos y en caballos semejantes á los que usaban los de Patria que salian á campaar por las tierras vecinas. El que los capitaneaba, era el fingido Abdelcaadir. Este tal pertenecía á la nobleza jerezana, y se llamaba Diego Fernandez Herrera. Deseoso de destruir á la morisma de Patria, halló trazas de penetrar con un distraiz de moro en la villa, y de acuerdo con un cristiano esclavo del Alcaide, buscó la manera de hacer retirar á los guerreros para conseguir su propósito, encendiendo los celos del gallardo Abenozmin, y retándola para batalla singular en la ciudad de Ronda.

Conseguida la victoria, sin que escapase moro de Patria, posieronse los cristianos en celada en la cuesta del Justar para dar sobre los esbalerros que volvian á sus casas.

Agenos estos del insulto que habia experimentado en villa, se acercaron á ella desapercibidos, y cuando se vieron entre enemigos, el espanto de un suceso tan inesperado, apenas les dió lugar para la defensa. Sin embargo, pelearon bravamente, y todos quedaron muertos ó mal heridos en la cuesta donde solian celebrar sus jostas y torneos. De forma, que el lugar de sus alegrías fué también testigo de sus lastimosas muertes.

Los caballeros de Jerez, tras de recoger sus despojos, y de adquirir otros en el saqueo de la villa, entregaron á las llamas á Patria y volvieron á sus casas ricas, así en joyas y vestidos, como en algunos esclavos de los pocos que pudieron salvar la vida en tan horrible matanza.

Patria quedó arruinada desde entonces sin que los moros cuidasen de reedificarla, ni menos los cristianos, después que se hicieron señores de toda Andalucía.

ANOLFO DE CASTRO.

AFORISMOS.

LA HUMANIDAD.

¿Qué hace la humanidad? Aguárda á que sus hijos la conozcan y se juntan con ella para hacer unidos como el todo con sus partes el camino de la vida. Los hijos no conocen todavía de cerca á su madre; por esto es hoy para los hombres la humanidad una idea, pero cuando penetre mas en ellos el calor de la madre común, la ciencia y la historia humana se realizarán como una parte de la vida de Dios.— Los hijos de la humanidad no son los hombres uno á uno, sino el hombre en su familia, la familia en su pueblo, el pueblo en el pueblo de los pueblos, la tierra nuestra madre natural.

EL ESPÍRITU EN LA HISTORIA.

El espíritu y el reino del espíritu, es hoy en la humanidad como al borde claro en una nube oscura; pero está en la idea de la historia que la nube se rasgará algun día. Tampoco la civilización ha penetrado hasta hoy mas adentro que á los bordes de la tierra; mirad la carta geográfica (las orillas del Mediterráneo y del Atlántico). Solo en estos lugares há hecho historia seguida nuestra civilización: en los demás estremós, y hácía el cuerpo de la tierra, no ha sido hasta hoy mas que un hecho prematuro é interrumpido. (Ved el Egipto, la India, el antiguo Méjico). Reparad bien esto, y cesareis de pensar que la historia humana es vieja, antes comienza ahora su desarrollo despues de una larga germinación.

LA PREGUNTA DEL SIGLO.

No hace muchos siglos preguntaba el hombre ¿nos salvará? Hoy comienza á preguntar y á entender la pregunta: ¿se salvará nuestra humanidad? Esta es la pregunta derecha, y la que encierra la nueva historia, porque salvándose nuestra Humanidad todos nos salvamos en ella y con ella en Dios. Ciertamente es esta pregunta el fruto de la historia pasada, y nosotros no debemos envanecer nos porque la hace-

mos, pero podemos y debemos saber cuál es la señal de nuestro tiempo, y en qué está el progreso real del que no podemos retroceder.

EL TIEMPO.

El tiempo no puede esperar; si no lo cojemos nosotros, nos coje él á nosotros; pero si le ganamos, la mano encierra en sí tanta vida que con él podemos adelantarnos á la muerte.

JULIAN SANZ DEL RIO.

LOS DOS BRINDIS.

En una comedia en que se hallaban algunos ingleses y franceses, se brindó « á las señoras.» Uno de los ingleses, lord B..., se levantó con una copa en la mano y dijo:

—Brindo por el bello sexo de los dos hemisferios.

—Y yo, dijo un francés, el marqués de La Vrillière, brindo por los dos hemisferios del bello sexo.

AMENAZA DE UN ANDALUZ.

Un andaluz y un madrileño tuvieron una disputa, y los que les rodeaban consiguieron reconciliarlos.

—Se puede V. alegrar, dijo el andaluz á su adversario, de haberme cogido de buen humor, porque si me llego á enfadar de veras, le tiro á V. tan alto, que las moscas hubieran tenido tiempo de comerse su cuerpo antes de que bajara al suelo.

LA DISCRECION.

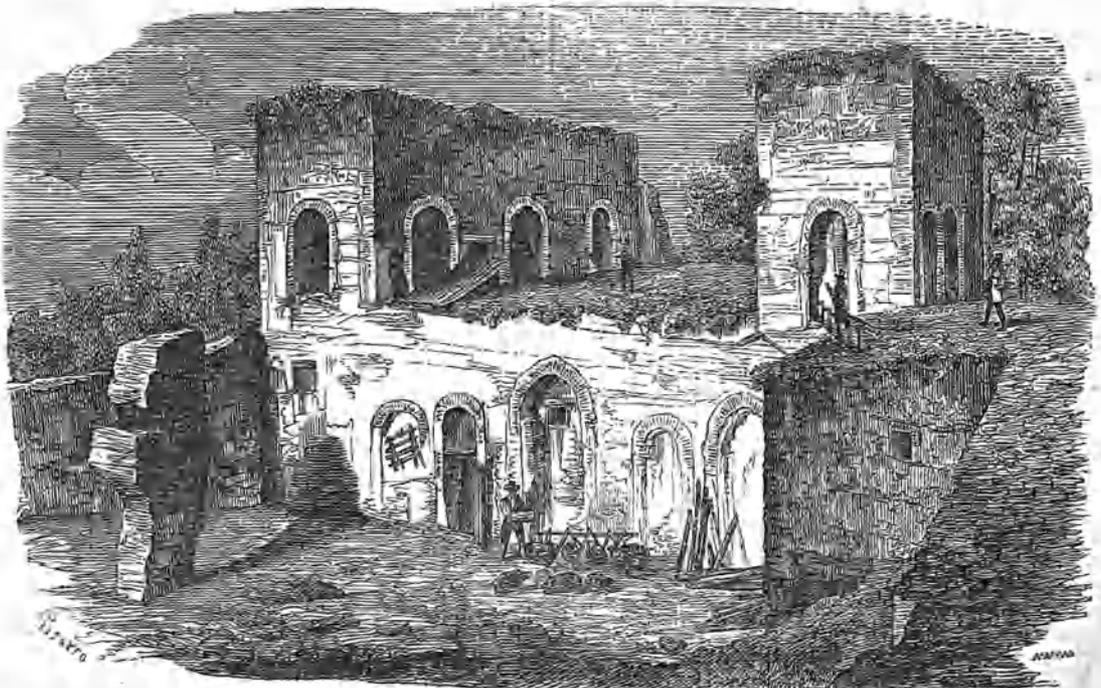
Un hombre poco discreto confió un secreto á un conocido suyo, y le encargó mucho que no se lo digera á nadie.

—Esté V. tranquilo, le dijo este, seré tan discreto como V.

LAS DESPAVILADERAS.

Un viejo solteron compró unas despaviladeras, y su ama de brazos le dijo que eran demasiado pequeñas, á lo que contestó muy formal el celibatario.

—Bastante grandes son para una persona sola.



(Toledo.—Vista de las ruinas del palacio de Caliana desde el patio.)